

Una Armada ni Invencible ni vencida

ALFONSO BARRA *

EL IV Centenario de las singladuras de la Armada Invencible es conmemorado en Gran Bretaña con una excelente exposición montada en el Museo Marítimo Nacional de Greenwich. Y por un largo programa de actos culturales, artísticos y folclóricos. Sobre todos los acontecimientos prevalece el propósito de quitar la hojarasca de la leyenda que oculta la verdad de uno de los capítulos más destacados de la Historia europea.

La Armada no queda ya reducida a un enfrentamiento entre héroes y villanos, entre la virtud y la infamia. Aquella exposición y la importante colección de libros publicados con ocasión del Centenario han revelado una realidad que está muy lejos de las fantasías engendradas y divulgadas por la propaganda de la época y posteriormente.

En el frente de las leyendas prefabricadas relativas a la expedición española el ganador supremo fue el bando inglés. Ahora el mensaje inesperado dirigido al pueblo británico se centra en el marco amplio de las relaciones internacionales durante el siglo XVI. La Armada fue alumbrada por la acción política y diplomática del Imperio español y por las ambiciones inglesas.

Aquella flota no era la punta de lanza de una cruzada fanática contra Inglaterra y sus protestantes. En esta hora de la desmitificación del acontecimiento, algunos sectores ingleses han reaccionado con disgusto mal enmascarado.

Periódicos como «The Times» publicaron editoriales para defender la tesis de que el mito es tan importante para los pueblos como la Historia. «The Guardian» se sumó a la crítica irónica ante la que consideraba una maniobra para apejar del pedestal a Francisco Drake. «The Mail» vislumbró una campaña española para arrebatarse el fulgor de la gran victoria naval en el Canal de La Mancha. La heroica nación de Isabel I era víctima de una operación de enmascaramiento para brindar satisfacciones a los españoles derrotados.

El famoso tambor de Drake no está en el Museo Marítimo porque los conservadores de la casa del marino inglés no quisieron prestarlo. No podría ser un factor más en la conspiración desmitificadora.

Gracias en gran medida al trabajo de la coruñesa María José

HISTORIA FRENTE A LEYENDA

* Madrid, 1928. Licenciado en Derecho y Ciencias de la Información. Corresponsal de ABC en Londres.

Rodríguez Salgado, profesora de Historia Internacional! de la Lon-don School of Economics, responsable del enfoque de la exposición, una larga serie de tópicos han caído desmoronados.

Los ingleses saben ahora que la Armada fue una expedición para invadir Inglaterra y que no era, técnicamente, una flota de combate. Sir Francis Drake no mandaba la flota inglesa. Era tan solo un vicealmirante y no muy disciplinado en las acciones. La versión de que los buques españoles eran armatostes inservibles queda compensada con el hecho de que la unidad de mayor envergadura enarbolaba el pabellón inglés, la «Frobisher's TJriumph».

En cuanto a la artillería de Isabel I, había piezas mas eficaces, pero se quedaban pronto sin munición. En el enfrentamiento más importante entre ambas flotas, el bando inglés disponía de 50 buques más que el español.

El balance auténtico de pérdidas expone el alcance del combate naval: los ingleses hundieron un buque español solamente y capturaron dos. Uno resultó averiado por una explosión y otros dos quedaron dañados en una colisión.

Se ajusta a la realidad la teoría tradicional española^ que achaca a las condiciones meteorológicas la responsabilidad del desenlace de la expedición.

El peor temporal registrado en aguas de Gran Bretaña e Irlanda es el agente directo de la pérdida de la mitad de los efectivos de la Armada, en buques y hombres. El vendaval del 21 de septiembre de 1588 en el sudoeste de Irlanda sólo se ha repetido el año 1961 y en 1987, que afectó al Sur de Inglaterra.

El bando inglés no perdió ningún barco en acción, pero la mitad de sus tripulantes perecieron víctimas del hambre, de la disentería y de otras enfermedades. La cifra de bajas oscila entre 7.000 y 8.000 hombres.

Unos 13.000 españoles perdieron la vida en la empresa. Fueron víctimas de heridas y epidemias o murieron ahogados o asesinados por ingleses e irlandeses.

Según precisan ahora los historiadores en Londres, Felipe II, que fue rey de Inglaterra sin coronar, encabezaba los documentos de Estado con la reina Mary. Recibió una buena acogida pero disgustó a su pueblo porque se marchó muy pronto. Su presencia en la isla se limita al período 1554/55 y regresó tres meses en 1557. Inglaterra esperaba de él que hubiera gobernado.

«El rey se preocupó de los asuntos religiosos en el marco de las relaciones con Roma para intentar devolver el país al seno de la Iglesia. No intervenía en las gestiones diarias de gobierno ni es responsable de la persecución de su esposa contra los herejes», precisa Rodríguez Salgado. _&

Le considera un monarca moderado y cauteloso que buscaba la cooperación de las fuerzas-navales inglesas frente a lo|s franceses. Quería una alianza con Inglaterra para despejar los peligros que amenazaban a los Países Bajos. No deseó nunca la guerra con los ingleses. —~

Ambos países son igualmente responsables de la creación de la Armada, que en sus días nunca fue calificada de Invencible. También es invento posterior, del año 1625, la famosa leyenda de la

FELIPE II EN INGLATERRA

partida de bolos que jugaba Drake. Según la versión no quiso interrumpir el pasatiempo cuando le avisaron de la presencia de la Armada ante las costas de Inglaterra. El rey español tendría que esperar el final de la partida para recibir el castigo naval.

Según los relatos históricos publicados en esta ocasión, los ingleses tardaron mucho tiempo en divulgar la teoría del choque por razones ideológicas en el Canal de la Mancha. Los «pobres» protestantes con recursos muy escasos y pocos barcos fueron atacados por el omnipotente Imperio español. Era David el buen cristiano condenado al K.O. por el fanático Goliat.

Los problemas religiosos de la época no eran factor decisivo de la expedición de Felipe II. La Armada es una consecuencia del oportunismo político. El enfriamiento entre católicos y protestantes influía desde un segundo plano. Los deseos del rey de afianzar la unidad religiosa eran compartidos, con distinto signo, por los monarcas de su tiempo.

Mucho más trascendentes, sin embargo, fueron las tandas de ataques ingleses al comercio español con América, a los puertos peninsulares y a las posesiones en aquel continente, en Virginia especialmente.

LOS AGRAVIOS INGLESES

La propia Isabel I ayuda con ostentación a los rebeldes portugueses. Exige la parte del león en el botín arrebatado a los españoles. Felipe II había comunicado a la soberana que cualquier agresión contra Portugal sería un *causus belli*. No sólo se repetían esos actos hostiles sino que apoyaba, también, a los protestantes de los Países Bajos. No podía el rey perder más autoridad y prestigio sin responder a Inglaterra.

Al fin el monarca decide castigar a la «pérfida Albión». Intento impartir una lección terminante. Su idea era intimidar al adversario y para ello, cuanto más barcos reuniera más temor infundiría. La presencia de la Armada ante las costas inglesas era una exhibición de fuerza tanto como una expedición de castigo.

Jamás se había intentado antes una empresa como la de la Armada. Fue un prodigio en la época de planificación, cálculo, doctrina estratégica y capacidad táctica.

Los mandos ingleses, mal coordinados, comprobaron pronto que no podrían arremeter contra la formación en media luna de la Armada. Decidieron hostigar más que combatir. Las características de sus embarcaciones permitían maniobrar con superior agilidad. Sus bases estaban cerca.

Los españoles buscaban el abordaje y al comprobar que el adversario rehuía el combate gritaban desde cubierta: «gallinas protestantes». El enemigo no facilitó en ningún momento el cuerpo a cuerpo para decidir el enfrentamiento.

En un simposio celebrado en el Instituto de España en Londres, los historiadores británicos aseguraron que ninguna de las flotas podía destruir la enemiga.

NI VENCEDORES NI VENCIDOS

Tras las acciones navales, la marinería inglesa regresa a sus puertos con la idea de no haber ganado. No pensaba que la Armada estuviese vencida y el temor general era que en cualquier momento las fuerzas españolas podrían invadir el país. Más tarde

cuando empiezan a llegar noticias de la retirada de varias unidades hacia las aguas de Escocia, impulsadas por los vientos, cunde el sentimiento de que el peligro se desvaneció.

Los acontecimientos provocaron una profunda consternación en España. El luto alcanzó a infinidad de pueblos. Hay constancia documental de los comentarios que Felipe II hacía a su confesor sobre lo inesperado del desenlace de la expedición. No lograba explicarse que esa empresa de las fuerzas fieles a Roma terminara en tragedia.

España se recuperó pronto. Una parte de los buques perdidos estaban al servicio del comercio con América y éste acusó las bajas por poco tiempo. La suerte de la Armada no alentó un nuevo espíritu de rebeldía en los países más conflictivos del Imperio.

El esfuerzo español fue superior al inglés en la planificación y previsiones en favor de los hombres embarcados. Sin una meteorología hostil, Inglaterra hubiera quedado a merced de los tercios de Flandes.

La intendencia inglesa fue deficiente y antes, incluso, de zarpar la flota, la marinería fue sometida a racionamiento. Sólo dos terceras partes de las raciones previstas quedaban a su disposición.

El suministro de munición fue, asimismo, insuficiente. La Armada contaba con 125.000 cargas para los cañones y otras armas de fuego y los ingleses tenía que reponer su pañol día a día.

La Armada ha ganado ahora una batalla incruenta en las aguas siempre agitadas de la propaganda y de los prejuicios patrióticos. Se desvanecen los mitos de nuestra desorganización y de nuestra incapacidad para montar la mayor expedición naval que había conocido la humanidad. El valor de los españoles no flaqueó en ningún momento, ni cuando la flota estaba fondeada en Calais y fue atacada con los «barcos de fuego» lanzados por los ingleses a favor de viento.

La exposición del Museo Marítimo Nacional destaca el carácter imperial de la expedición, con escuadrones procedentes de los rincones del mundo bajo la corona de Felipe II. La armonía en la armada no fue siempre modelo, pero hubo muy pocos casos de traición, aunque no se confiaba en los artilleros alemanés.

En el enfrentamiento no hubo ni vencedores ni vencidos definitivamente. Triunfa ahora, sin embargo, la verdad histórica de un acontecimiento que marca para los ingleses el principio de su grandeza nacional y para los españoles, el final del sueño de devolver a Europa la unidad religiosa. El fracaso de la Armada en el Canal de la Mancha fue, tal vez, menos trascendente que un desembarco en Inglaterra cuya finalidad política no estaba bien delimitada.

LA VICTORIA DE LA ARMADA